

## CAPITULO XII.

Desauciada.

Don Emilio esperaba impaciente la llegada de Leopoldo.

Vea morir á su idolatrada protegida de amor, y temia que espirara antes de que aquel llegase.

La jóven estaba desauciada, y todos creian que su existencia no se podria prolongar por muchos dias.

Inés, inconsolable, triste y obsequiosa, se encontraba junto al lecho de la amorosa Clotilde, observando cuidadosa las menores alteraciones que se operaban en el rostro de la enferma, y procurando con sus pala-

bras de consuelo neutralizar sus penas y retenerla en el mundo.

Don Emilio, sentado en un extremo de la alcoba de la paciente, y fijos los ojos en su pálido semblante, la contemplaba en silencio, con ese dolor reconcentrado que desgarraba el corazon, con ese profundo sentimiento que se revela en la mirada triste y melancólica del que vé desaparecer cuanto ama sobre la tierra.

El cuarto estaba envuelto en una media luz, suave y apacible, producida por las flotantes cortinas de exquisita gasa que velaban, extendidas, las puertas vidrieras de la callada alcoba.

Clotilde, reclinada en unos blandos almohadones, pálida como la blanca flor herida por los ténues rayos de la plateada luna, cubiertos sus redondos hombros y su turgente seno con un elegante y finísimo, caracol de muselina blanca, cuyas anchas y transparentes mangas dejaban adivinar un brazo redondo y alabastrino, digno compañero de una mano mas suave y cándida que el rayo de la aurora; recogido su abundante

pelo en una redecilla negra de primorosa hechura, símbolo del dolor y de la tristeza de su alma; dejando ver en su frente virginal los dulces pensamientos del ángel del pudor y de la inocencia; vagando en sus carmíneos lábios, húmedos y suaves como las hojas de la flor del granado, una melancólica sonrisa, llena de expresion y de ternura; resbalando en su nevada y finísima tez la blanda luz que, dudando penetrar por las finísimas cortinas, iba á resbalar levemente sobre el desleido carmin de sus mejillas, sombreadas por las prolongadas y sedosas pestañas de sus celestiales ojos, que proyectaban una ténue y voluptuosa línea oscura; estrechando en su pequeña y torneada mano la no menos graciosa de la amorosa Inés, parecia la diosa de la Verdad, trazada por el pincel del inmortal Apeles, bella, modesta y retirada, guardando en su corazon todos los tesoros de la virtud y del amor.

Al poner la planta en el umbral de la primavera de la juventud, habia aspirado el ardiente fuego del amor, con toda su fuer-

za, con toda su dulzura, con toda su vehemencia, con todo su irresistible atractivo; y ese amor, y ese fuego devorador trasmitido á su alma por el alma de un sér que cautivó su corazon con su celestial presencia, habia venido á destruir su energía y su salud, como destruye y consume la ardiente lava, el profundo seno del volcan en que se encierra.

La vida de Clotilde se extinguia dulcemente, como se extingue la luz que ilumina el mundo, sin esfuerzo, lentamente, como se evapora el éter, como se eleva al viento el regalado aroma de las flores.

—¿Por qué está vd. tan lejos de mí, padre mio?—Dijo la jóven con una voz mas dulce y armoniosa que el canto de las aves.—¿Teme vd. acercarse á una moribunda?

—¡Morir tú!—Dijo levantándose Landeta y acercándose conmovido y lloroso al lecho de la enferma, y besando con sus ardientes lábios la helada mano de la jóven.—¡No, hija mia! Es preciso que vivas.... que vivas para ser feliz y para que lo séamos tambien nosotros. ¿No te he dicho ya que he manda-

do llamar á Leopoldo.... al hombre que te adora con todo su corazon... al que necesita de tu vida como los peces el agua.... al que realizará todos los ensueños miríficos de tu alma?

—¡Mis ensueños! ¡mis ensueños han desaparecido, padre mio, desde que he llegado al umbral de la tumba!—Exclamó tristemente Clotilde.—El tiempo ha consumido mi energía, y el fecundante sol se presentará en el Oriente á bañar las marchitas hojas de la abatida flor, cuando ésta carece de sávia para volver á la vida!

—¡Oh! ¡No hables así, hija mia! ¡Quieres alejarte para siempre de mi querida hermana Inés y de mí, que tanto te amamos?

Clotilde fijó sus hermosos ojos llenos de ternura, y arrasados de lágrimas, en su bienhechora, le estrechó la mano que llevó contra su corazon, reclinó su rostro en su amoroso seno, y prorumpió en ternísimos sollozos.

Inés se conmovió profundamente al comprender el sentimiento que embargaba el

sensible corazon de la jóven, y mezcló su llanto con el suyo.

—¡Llora, hija mia, llora!—Le dijo.—¡Esas lágrimas desahogarán la pena que te oprime, y reanimarán tu existencia! ¡Tu dolor y tu sentimiento son justos!

—¡Ah! sí: ¡saber que vamos á dejar el mundo, donde existe el sér que nos hizo vislumbrar un eden de inagotables delicias... que vamos á morir sin haber saboreado los inefables goces del amor.... sin haber alcanzado la suprema dicha de vivir á su lado.... de escuchar á todas horas sus palabras, mas dulces y amorosas que la miel que liban las abejas en las nacientes flores.... morir en la primavera de la vida, cuando sentimos circular por nuestras venas la sangre juvenil con todo su vigor, con toda su energía.... cuando la fecunda imaginacion nos indica mil placeres desconocidos, y el mundo nos brinda los deleites inefables de una pasion correspondida.... morir dejando en el mundo á vd., tan tierna, tan amorosa, tan benévola conmigo.... viendo llorar á mi querido padre, sin poder consolarle en su amargu-

ra.... ¡Ah! ¡esto es morir dos veces.... con el alma y con el cuerpo.... con el espíritu y la materia.... con el pensamiento y el corazón!

Y la joven besó cariñosa la mano de D. Emilio, que llenó de lágrimas, y estrechó la de la tierna Inés, con la efusión de la gratitud y del amor.

—¡No, hija mía! Dijo D. Emilio con acento conmovido.—Aun te están reservados en la tierra días de gloria y de ventura.... ¿No te he devuelto tus cuadros, como preludio de tu tranquilidad? ¿No los tienes adornando esta alcoba como en los días de tu mayor contento? ¿No he mandado llamar á Leopoldo, para que su presencia reanime tu abatido espíritu, y sus palabras sean la sávia que vigorece tu existencia? Sí, Clotilde: sí, hija idolatrada mía.... Es preciso que vivas para que yo no viva con el remordimiento de haber sido causa involuntaria de tu muerte.... Cometí un error dejándome arrastrar por las apariencias, y Dios no permitirá que tenga el dolor de verte morir, cuando trato de reparar mi falta.... Ya he suplicado á Duval que ven-

ga á verme, que tengo que hablarle, y dentro de pocos instantes le haré saber mi resolución de unirme al hombre que amas; al hijo de mi antiguo y leal amigo Cabrera.... Pero ya creo que está ahí: oigo su voz.... Sí, es Duval. ¡Adios, hija mía! dá entrada en tu corazón á la alegría, para que en los nuestros no reine el luto y la aflicción.

Y al concluir estas palabras, besó la mano de la enferma que le envió una mirada dulce de gratitud, y salió á ver á Duval que, en efecto, hacia un instante que habia llegado, y le esperaba en la sala.

—¿Estás contenta, ya Clotilde?—Exclamó la hermosa Inés, apretando entre sus manos las heladas de su protegida.—Ya ves que tu constancia ha triunfado, y que vas á ver realizadas tus esperanzas de ventura.

—¡Realizadas!

Dijo Clotilde con desfallecida voz, y moviendo lánguidamente la cabeza, indicando no participar de aquella esperanza.

—¿Y por qué no?

—Porque conozco que mi vida huye por

instantes, y que es tarde ya el remedio para detenerla.

—¡Oh! no: la vista, las palabras de Leopoldo, que no debe tardar en venir á este sitio, reanimarán tu espíritu, y tu corazón verá desaparecer esa opresión, que hasta hoy ha sido el verdugo de tu vida.

—¡Dios lo quiera! Porque ahora es cuando mas que nunca quiero vivir... ahora que ha desaparecido el obstáculo que se oponía á nuestro amor.... ahora que se me brinda con la felicidad de ser del hombre que era el bello ideal de mi existencia!

—Y vivirás, hija mia; sí, vivirás para ver realizados todos tus ensueños de ventura.

—Y aun cuando dicha tan suprema no alcance, al menos podré morir tranquila y contenta, teniendo á mi lado, en los últimos instantes de mi vida, á vd. y al sér que comprenderá todo lo que le amo, todo lo que por él he padecido....

Y Clotilde besó la mano de su protectora, sobre la que fueron á rodar algunas lágrimas.

Inés la miró triste y amorosamente, y no pudo pronunciar palabra, porque el sentimiento habia puesto un nudo en su garganta.

¿Qué pasaba entre tanto con Emilio y Duval?

### CAPÍTULO XIII

Los dos hermanos

—¡Pero ocurre alguna novedad!

—Sí, y de una importancia extrema para la salud de mi pobre protectora.

—¿Cuál? ¿Se encuentra ya mejor?

—Gracias.

—Y no he querido detenerme en momento el tiempo que me dejó para que viniera la mano á H. Emilio.—He recibido del doctor algunas novedades, querido mi Duval, que acaban de traer á la sala.

—¡Dios! el informe dado del doctor, que me habla de la salud de Clotilde, cuando se encontró con